

Enero 12

“Porque el Señor no desecha para siempre.”

Lm. 3:31.

Él podría desecharnos por un tiempo, pero no para siempre. Una mujer podría prescindir de sus adornos por unos cuantos días, pero no los olvidará, ni los arrojará sobre el muladar. El Señor no acostumbra desecharnos a aquellos a quienes ama: pues “como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin.” Algunos hablan de estar en la gracia o fuera de la gracia, como si fuéramos conejos que entran y salen de sus madrigueras: pero, en verdad, no es así. El amor del Señor es un asunto más serio y permanente que eso.

Él nos eligió desde la eternidad, y nos amará a lo largo de toda la eternidad. Él nos amó de tal manera como para morir por nosotros, y por tanto podemos estar seguros de que Su amor no morirá nunca. Su honor está tan involucrado en la salvación del creyente, que no puede desecharlo como tampoco podría desecharnos Su propias vestiduras correspondientes a Su oficio de Rey de gloria. ¡No, no! El Señor Jesús, como Cabeza, nunca desecha a Sus miembros; como Esposo, nunca desecha a Su esposa.

¿Ustedes pensaron que eran desechados? ¿Por qué pensaron tan mal del Señor que los ha desposado con Él? Desechen tales pensamientos, y no permitan nunca que se alojen en su alma otra vez. “No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció.” (Ro. 11:2) “Él aborrece el repudio.” (Mal. 2:16).

Charles H. Spurgeon.

Enero 13

**“Y al que a mí viene, no le echo fuera.”
Jn. 6:37.**

¿Hay algún caso en el que nuestro Señor hubiere echado fuera a alguien que viniera a Él? Si existiera un caso así, nos gustaría conocerlo; pero no ha habido ningún caso, y nunca lo habrá. Entre las almas perdidas en el infierno no hay una sola que pudiera decir: “yo vine a Jesús, y Él me rechazó.” No es posible que tú o yo fuéramos los primeros a quienes Jesús no les cumpla Su palabra. No abriguemos una sospecha tan oscura.

Supongan que acudimos a Jesús en relación a nuestros males de hoy. De esto podemos estar seguros: Él no nos denegará una audiencia, ni nos echará fuera. Aquellos de nosotros que hemos ido con frecuencia a Él, y aquellos que no han ido nunca antes: vamos juntos, y comprobaremos que Él no cerrará en la cara de ninguno de nosotros la puerta de Su gracia.

“Este a los pecadores recibe”, pero a nadie desecha. Venimos a Él en debilidad y pecado, con temblorosa fe, escaso conocimiento, y tenue esperanza; pero Él no nos echa fuera. Venimos por medio de la oración, y esa oración es imperfecta; con confesión, y esa confesión es deficiente; con alabanza, y esa alabanza no tiene muchos méritos; sin embargo, Él nos recibe. Venimos enfermos, contaminados, desgastados, e indignos; pero Él no nos echa fuera. Vengamos de nuevo a Él hoy, pues nunca nos echa fuera.

Charles H. Spurgeon.

Enero 14

“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.”

Mt. 11:28.

Quienes somos salvos encontramos descanso en Jesús. Quienes no son salvos, recibirán descanso si van a Él, pues aquí promete darlo. Nada puede ser más gratuito que un don; aceptemos con gozo lo que Él da con gozo. No han de comprar el descanso, ni pedirlo prestado; sino que han de recibirlo como un don. Ustedes laboran bajo el látigo de la ambición, de la codicia, de la concupiscencia o de la ansiedad: Él los liberará de esta servidumbre de hierro, y les dará descanso. Ustedes están “trabajados”: sí, “muy trabajados” con el pecado, el temor, los cuidados, los remordimientos y el miedo a la muerte; pero si vienen a Él, los hará descansar. Él cargó con el aplastante peso de nuestro pecado, para que ya no lo llevemos nosotros. Él se convirtió a Sí mismo en el gran Cargador, para que toda persona que esté muy cargada cese de inclinarse bajo la enorme presión.

Jesús da descanso. Así es. ¿Lo creerán? ¿Lo pondrán a prueba? ¿Lo harán de inmediato? Vengan a Jesús abandonando cualquier otra esperanza, pensando en Él, creyendo en el testimonio de Dios y confiando todo a Él. Si vinieran a Él de esta manera, el descanso que Él les proporcionará será profundo, seguro, santo y eterno. Él da un descanso que perdura hasta el cielo, y lo da hoy a todos aquellos que vienen a Él.

Charles H. Spurgeon.

Enero 15

“Porque no para siempre será olvidado el menesteroso, ni la esperanza de los pobres perecerá perpetuamente.”

Sal. 9:18.

La pobreza es una dura herencia; pero aquellos que confían en el Señor son enriquecidos por la fe. Ellos saben que no son olvidados por Dios; y aunque parezca que son pasados por alto en Su distribución providencial de cosas buenas, esperan un tiempo cuando todo esto será enderezado. Lázaro no siempre estará echado entre los perros a la puerta del rico, sino que tendrá su recompensa en el seno de Abraham.

Incluso ahora el Señor recuerda a Sus hijos pobres pero preciosos. “Yo soy pobre y menesteroso; sin embargo, el Señor piensa en mí”, dijo alguien en la antigüedad, y así es. Los pobres piadosos tienen grandes esperanzas. Esperan que el Señor les provea de todas las cosas necesarias para esta vida y para la piedad; esperan que todas las cosas les ayuden a bien; esperan tener una comunión mucho más íntima con su Señor, que no tenía dónde recostar la cabeza; esperan Su Segundo Advenimiento, y compartir su gloria. Esta esperanza no puede perecer, pues está puesta en Cristo Jesús, que vive para siempre; y porque Él vive, la esperanza también vivirá. El santo pobre canta muchos himnos que el rico pecador no puede entender. Por tanto, cuando tengamos una ración reducida, hemos de dirigir nuestros pensamientos a la mesa real de arriba.

Charles H. Spurgeon.

Enero 16

“Todo aquel que invocare el nombre de Jehová será salvo.”

Jl. 2:32.

¿Por qué no invoco Su nombre? ¿Por qué acudo presurosamente a este vecino y a aquel, cuando Dios está tan cerca y puede oír mi más tenue llamado? ¿Por qué me quedo sentado, y maquinando proyectos e invento planes? ¿Por qué no descargo de una vez mi peso y mi persona en el Señor? La distancia más corta entre dos puntos es la línea recta; ¿por qué no corro de inmediato al Dios vivo? En vano habré de buscar liberación en cualquier otra parte; pero con Dios la encontraré; pues aquí tengo la real expresión: ‘SERÁ’ que la garantiza.

No necesito preguntar si puedo invocar el nombre o no, pues esas palabras: “Todo aquel” son amplias y comprensivas. Todo aquel quiere decir yo, pues significa cualquiera y todo el mundo que invoque a Dios. Por tanto voy a seguir la guía del texto y de inmediato invocaré al glorioso Señor que ha hecho una promesa tan grande.

Mi caso es urgente, y no veo cómo habré de ser liberado; pero ese no es asunto mío. El que hace la promesa encontrará las maneras y los medios de cumplirla. A mí me corresponde obedecer Sus mandamientos; a mí no me corresponde dirigir Sus consejos. Yo soy Su siervo, no Su abogado. Yo lo invoco, y Él me libraré.

Charles H. Spurgeon.

Enero 17

**“Vé, porque yo estoy contigo.”
Éx. 3:12.**

Es evidente que si el Señor enviaba a Moisés en una misión, no lo dejaría ir solo. El tremendo riesgo que involucraría, y el gran poder que requeriría, harían que fuese ridículo que Dios enviara a un pobre hebreo solitario para que confrontara al rey más poderoso de todo el mundo, pero lo dejara solo. No es concebible que un Dios sabio confrontara al pobre Moisés con Faraón y las enormes fuerzas de Egipto. Por esto le dice: “Yo estoy contigo”, para que no hubiese duda de que lo podría enviar solo.

En mi caso, también, la misma regla prevalece. Si salgo en una misión del Señor, confiando solamente en Su poder, y con la mirada fija en Su gloria, es seguro que Él estará conmigo. Puesto que Él me envía, está obligado a respaldarme. ¿Acaso no basta eso? ¿Qué más podría necesitar? Si todos los ángeles y los arcángeles estuvieran conmigo, yo podría fallar; pero si ÉL está conmigo, habré de tener éxito. Sólo debo cuidarme de actuar dignamente con relación a mi promesa. No he de ir tímidamente, indecisamente, descuidadamente, presuntuosamente. ¡Qué tipo de persona tendría que ser aquella que cuenta con Dios! Con tal compañía me corresponde actuar con mucha hombría, y como Moisés, he de enfrentar a Faraón sin miedo.

Charles H. Spurgeon.

Enero 18

“Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje.”

Is. 53:10.

Nuestro Señor Jesús no murió en vano. Su muerte fue expiatoria: Él murió como nuestro sustituto, porque la muerte era el castigo por nuestros pecados; y debido a que Su sustitución fue aceptada por Dios, Él ha salvado a aquellos por quienes puso Su vida en sacrificio. Por la muerte se volvió como el grano de trigo que lleva mucho fruto. Debe haber una descendencia de hijos para Jesús; Él es “el Padre eterno.” Él dirá: “Yo y los hijos que me dio Jehová.” Un hombre es honrado en sus hijos, y Jesús tiene Su aljaba llena de estas saetas de los valientes. Un hombre es representado en sus hijos, y así es representado el Cristo en los cristianos. La vida de un hombre parece ser prolongada y extendida en su simiente; y así la vida de Jesús es continuada en los creyentes.

Jesús vive, pues ve a Su linaje. Él fija Sus ojos en nosotros, se deleita en nosotros y nos reconoce como el fruto del trabajo de Su alma. Debemos alegrarnos porque nuestro Señor no cesa de gozar el resultado de Su terrible expiación, y porque nunca dejará de deleitar Sus ojos en la cosecha de Su muerte. Esos ojos que una vez lloraron por nosotros, ahora nos miran con placer. Sí, Él mira a aquellos que lo miran a Él. ¡Nuestros ojos se encuentran! ¡Cuán grande gozo es este!

Charles H. Spurgeon.